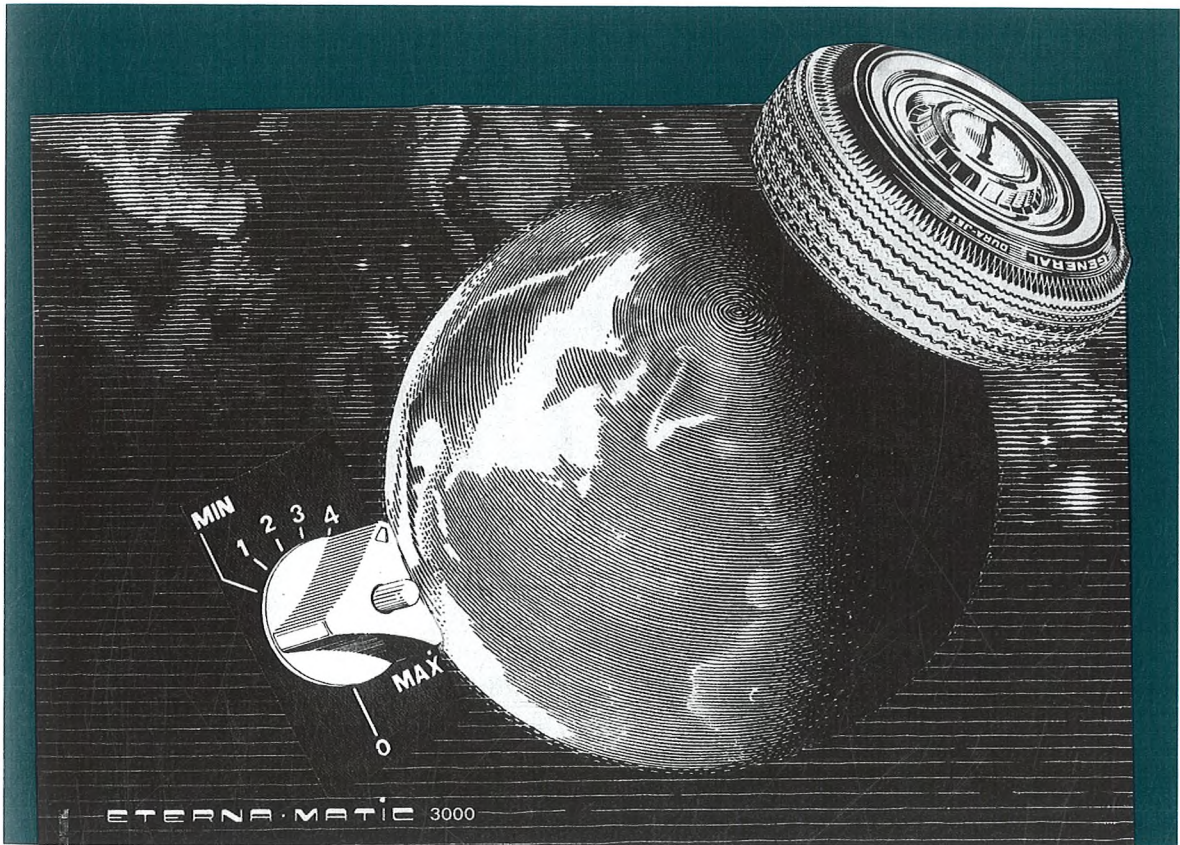


CALDEANDO LAS TINIEBLAS

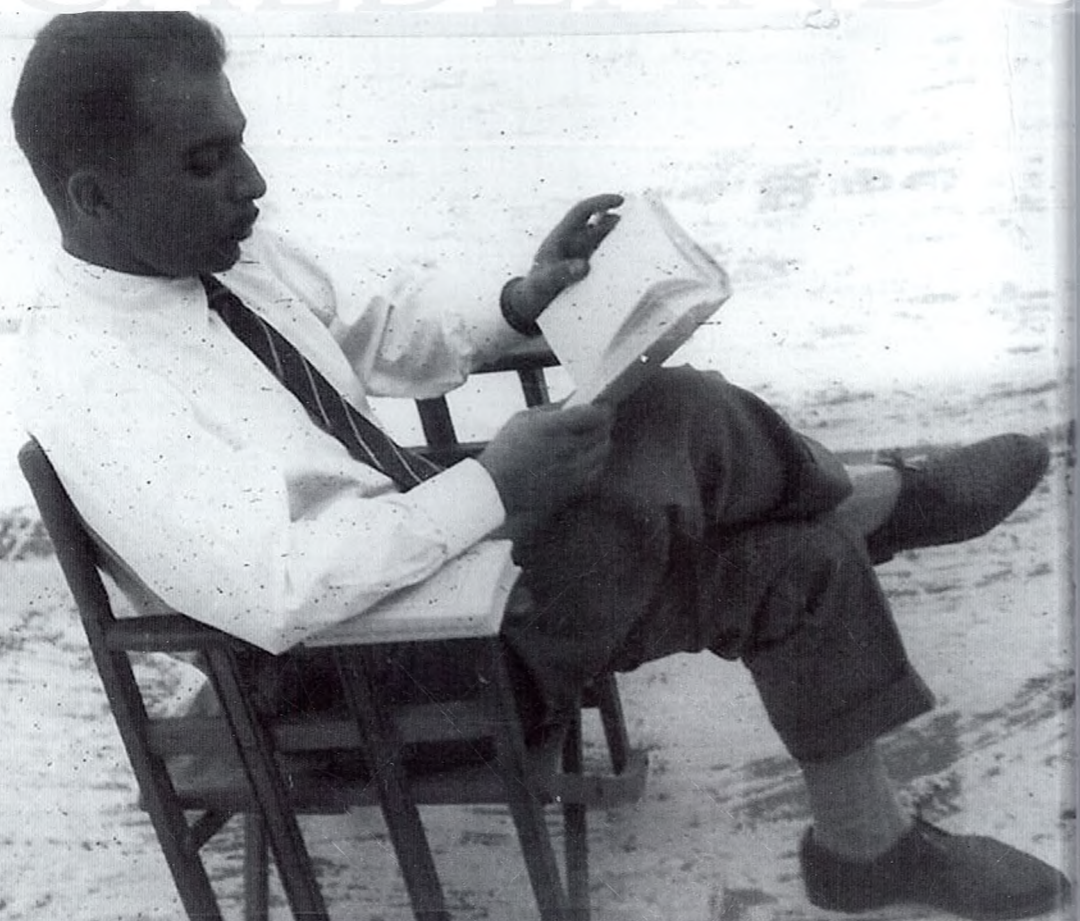
Belén Gopegui



No conocí en persona a Juan García Hortelano. Esto no tendría que resultar extraño a no ser por una cuestión, la gran cantidad de textos que se han escrito hablando de las cualidades excepcionales de este escritor como persona. Lo cual en sí mismo es perfecto y emocionante

CALDEANDOLAS TINIEBLAS

El escritor en una terraza de la calle Princesa (Madrid 1962)



si, de nuevo, exceptuamos un efecto no querido pero generado por algunos de esos textos: al enfocar el carácter, la actitud, el comportamiento, a menudo la obra del autor queda flotando algo borrosa y en segundo término, como si la atención no pudiera concentrarse en hombre y obra. Dado que se suele empezar por el primero, la capacidad de sus libros para despedir rayos de luz desde el otro lado del tiempo, aún del más lejano, permanece, en ocasiones, a la espera de ser tratada, así uno de esos puntos que no llegan a abordarse en el orden del día.

Durante mucho tiempo tampoco conocí el alcohol, pero no es del todo cierto. Durante mucho tiempo fui abstemia por costumbre, por herencia, por estajanovismo, quizá, porque las aristas de la vida requerían el combate directo, organizado, y pensaba que el alcohol distraía el combate y distraía el descanso. No es del todo cierto, como digo, pues en las novelas de Hortelano había bebido, y mucho. Semejantes dosis de literatura con alcohol me hicieron comprender que

la ebriedad, igual que el humor, no siempre se elige: cuando las aristas cortan, y el combate aún está a las puertas de la muralla, el alcohol y el humor hacen las veces de escudos o agujijones que saltan ante la amenaza, y son menos una acción deliberada que una consecuencia. Claro que esa consecuencia hay que saber contarla. Saber, como hizo García Hortelano en sus libros, contar algo aún más difícil: qué nos está pasando cuando la amenaza no se ve y si embargo se nota, cuando parece, pero sólo parece, que no nos está pasando nada. Y otra vuelta de tuerca: ¿Qué nos está pasando precisamente porque parece que no nos está pasando nada, o casi nada?

Mientras sonreímos -"no se dice inconcreto, se dice sin hormigón", "es enorme el placer de absolverse a uno mismo", "si no te molesta yo preciso hablar contigo"- la historia de cada novela, de cada cuento, avanza; vamos, entonces, viendo cómo las palabras no son sólo transmisoras de significados etéreos, concretos, sino que tienen, de verdad, hormigón con fibra de acero y vidrio, pensado para durar, para construir y después sostener el espacio donde habitan modos de proceder y obrar que son también los nuestros, pues apenas si cambian los formatos y aquella corrupción de la conciencia mencionada por Collingwood -el arte es la medicina de la comunidad para la peor enfermedad del espíritu, la corrupción de la conciencia- sigue siendo nuestra enfermedad, la de quienes tenemos tiempo para el arte y tiempo para la "mala" conciencia; la de quienes acaso, si nos vemos, si aceptamos vernos en novelas como las Juan García Hortelano, tengamos una oportunidad.

El material armado con que se hace la escritura de Hortelano, ese concreto de agua, grava y arena, tiene viento de septiembre a carretadas, pasos leves y no tan leves o esos porches donde el bochorno, más allá de los árboles, empieza a enrojecer. Otros y otras hablarán en estas páginas de los diálogos, la ironía, la fina peripecia, el juego, la dureza, la carne, la alegría; entretanto yo quiero dedicar unas líneas a ciertas partículas del conjunto llamadas adjetivos, a sus junturas con el nombre no previsto, sol provisional, libertad bonita; porque tal vez nadie como García Hortelano ha sabido tomar el palacio de invierno de la literatura empuñando, también, una parte de la oración que suele lastrar las novelas excepto en los pocos y milagrosos casos en que el novelista la usa con premeditación y temblor.

"Hogueras esparcidas, caldeando las tinieblas", escribió Hortelano en un artículo para explicar lo que había sido la obra de Sartre en los años cuarenta y cincuenta. Las tinieblas de entonces siguen siendo las mismas aunque a veces nos gusten otras canciones. Y el fuego de los libros de Juan García Hortelano, crepita, burbujea, espantando la oscuridad.